

EL REINO DE NÁPOLES Y EL SISTEMA IMPERIAL ESPAÑOL

Aurelio Musi

(Universidad de Salerno Italia)

1. EL SISTEMA IMPERIAL ESPAÑOL EN LA EDAD DE FELIPE II

El concepto de *sistema*, utilizado en esta aportación mía como esquema de representación de una particular formación política superestatal y a escala mundial, la España de los siglos XVI y XVII, no pretende entorpecer una muy diversamente animada y dinámica realidad histórica, y tampoco pretende racionalizar, en un conjunto de reglas necesarias y vinculantes, esferas de hechos, acontecimientos, comportamientos que en su desarrollo concreto sufren mucho más a menudo el condicionamiento del encuentro casual y el curso de cosas no planeadas y que no cabe planear. La historia es el reino de un equilibrio inestable y difícil entre casualidad y necesidad, difícil sobre todo de descifrar en sus exactas proporciones entre estos dos elementos. Eso hay que tenerlo en cuenta debidamente sobre todo cuando el objeto de atención histórica es la política en todas sus más amplias articulaciones y múltiples facetas.

Por lo tanto, no se puede utilizar el concepto de *sistema*, tan en este caso como en otros, equivalente a un modelo hipotético-deductivo: el contexto en el cual se manifiesta es del tipo *intencional* y *no real*, en distinción del estudioso de ciencias humanas Raymond Boudon. Los rasgos intrínsecos del concepto de *sistema* toman concreción por vía inductiva y remiten, al igual que por la contextualización intencional del término *estructura*, a un conjunto de asociaciones, de sinónimos, como totalidad, relaciones, interdependencias, funciones de las partes y relación con el todo, etc. También en este caso hay que recordar el límite insuperable del modelado en la historia: el límite es la condición de la posibilidad de la historia misma como conocimiento y razón de su existencia. Los que fijan el límite son los hechos mismos y las fuentes documentales, su primera forma de representación.

Sentado esto, la ventaja de acudir a un esquema de referencia como el de *sistema* para comprender mejor la historia de la “composite Monarchy” es incuestionable, como

resulta evidente en las más recientes tendencias historiográficas tan española como italiana: y no es casual que las convergencias entre las dos historiografías se hayan hecho posibles también gracias al uso de ese común esquema de referencia.

En virtud de estas convergencias, el concepto de *sistema imperial español*, que alcanza su máxima visibilidad como representación de una etapa histórica más desarrollada y perfecta en la edad de Felipe II, abarca, muy sintéticamente, las siguientes articulaciones:

- a) la unidad dinástica y la Corona como fuerza hegemónica;
- b) el fin de la idea y del proyecto carolino de “imperio universal”, pero al propio tiempo una limitada y diferente realización por parte de Felipe II;
- c) la relación entre la unidad de la línea política de la Monarquía y los compromisos realizados en las diferentes realidades territoriales;
- d) la afirmación de una región-guía, motor de todo el conjunto monárquico español;
- e) las funciones de las partes, su interdependencia, la configuración de *subsistemas*.

a) la unidad dinástica es el elemento de agregación de la “composite Monarchy”: si la dinastía es el más potente factor de legitimidad de la soberanía monárquica, en el caso español funciona también como única referencia unitaria del sistema. Todo esto llega a su realidad porque sobre todo durante el reinado de Felipe II el equilibrio de las fuerzas se inclina francamente en favor de la Corona. “Se puede afirmar, pues, que en el transcurso del siglo XVI la Corona se convierte siempre más en la fuerza hegemónica, revelando una capacidad de agregación y de dirección a la sazón muy rara en Europa lo cual convierte el reinado de Felipe II en un caso ejemplar de la civilización política que se ha transformado en régimen de la monarquía absoluta” (Galasso).

b) El advenimiento y las hazañas de Carlos V habían contribuido a propagar por toda Europa los mitos y los fantasmas de un gran imperio universal, precisamente en la época misma en que los Estados nacionales iban afianzándose. La humillación de Francisco I en Pavía (1525) y el saqueo de Roma (1527) habían resucitado los ensueños gibelinos del imperio medieval: el ideal de la Monarquía universal. Precisamente este ideal dantesco encontraba favorable acogida entre los colaboradores de Carlos V. El principal consejero de los primeros años de la política imperial fue el italiano Mercurino Gattinara, estudioso de Dante, canciller de Carlos, teórico de la misión reformadora del imperio, pero al mismo tiempo cuerdo y lúcido concejero para los problemas que afectaban a la relación entre el emperador y las diferentes realidades de la Corona de los Habsburgo. Artistas e intelectuales habían contribuido a la difusión de la ideología imperial: se piense en Tiziano y Ludovico Ariosto que en la tercera parte de su *Orlando Furioso* (1532) había ensalzado a Carlos V como otro Carlomagno. La progresiva ruptura de la unidad cristiana, la división en dos partes de la extensísima formación político-dinástica decidida por Carlos había sí dado al traste con cualquier proyecto de monarquía universal, pero no había destruido la estructura imperial que si bien diferente en sus bases y en sus caracteres seguía en pie. Ciertamente el término imperio no tiene aquí un sentido institucionalmente definido. Para el caso español se habla y cabe hablar

de imperio solamente en el sentido de una potencia que alcanza una importancia histórica y política particular gracias a la vastedad de sus dominios, a las fuerzas con las que puede contar, a la preponderancia que ejerce en un ámbito geográfico e histórico cierto, a la trabazón de sus dimensiones políticas, económicas y culturales. Durante el reinado de Felipe II este imperio cambia sus bases. Su centro de gravedad se desplaza del centro de Europa a España; toman mucha más importancia y llegan a ser decisivos, con respecto al tiempo histórico y a las necesidades de Carlos V, el gobierno, la práctica, el armazón institucional del conjunto; la reestructuración política del espacio interior de cada Estado supeditado a la Corona española es la premisa imprescindible para pertrechar la nueva organización de poder pretendida por Felipe II. En su etapa más acabada –los últimos 15 años de la edad de Felipe II– esa organización de poder abre, en frase de Maragall “el plan mundial de la vida política porque exige que en cada parte suya haya que plantearse el problema de las relaciones con esa organización de poder obligando a todos los demás países a entrar en combinaciones internacionales que abarcan el planeta”.

c) Precisamente porque el sistema imperial español vive en equilibrio delicado entre unidad y multiplicidad, la línea política de la monarquía de Felipe II es el resultado del entrelazamiento entre disposiciones válidas para el conjunto dinástico entero y compromisos con las situaciones particulares y diferentes de cada uno de los territorios. Basta muy esquemáticamente traer a la memoria los principales ámbitos de intervención que repercuten de inmediato en los territorios sujetos: la política económica, la política social, la política religiosa. En política económica objetivo fundamental de Felipe II que ha de tener vigencia en todos los territorios del imperio es la financiación y defensa de los intereses de gran potencia. En política social la línea de conducta es la de la conservación controlada y disciplinada de los equilibrios que preexistían en los territorios sometidos. En la política religiosa la línea de conducta tiene como fin la defensa de la Iglesia de la Contrarreforma dentro de la salvaguardia de las intangibles prerrogativas del soberano. En estos tres ámbitos la práctica del imperio exige continuos ajustes de línea, esto es, contrataciones, transacciones con las clases e instituciones locales. Un ejemplo entre muchos: el del Reino de Nápoles. La política económica, social y religiosa de la Monarquía de Felipe II aquí a sido traducida por la práctica de 4 compromisos que han permitido al gobierno español alcanzar el equilibrio entre dominio y consenso. El primer compromiso se concretó entre la Monarquía y el “*baronaggio*”: éste renunció a su poder político en favor del soberano a cambio de la extensión de su jurisdicción feudal, es decir, del poder económico y social. El segundo compromiso atañó a las relaciones entre Monarquía y Capital del Reino: Felipe II ha ensalzado el estatuto de Nápoles como representante del Reino entero y “*partner*” privilegiado de la Corona a cambio de la fidelidad política de la Capital. En cuanto al tercer compromiso, en particular en tiempos de Felipe II el sistema tributario creado por los Españoles en el “*Mezzogiorno*” se convierte también en una inmensa estructura de ocupación y de nuevo reparto de los recursos: desde el vértice hasta la base del sistema, gremios, grupos, intereses económicos diversos toman parte en la gestión del aparato. De ese modo el Estado hispano-napolitano crea un modelo de integración entre administración, economía y sociedad que pervive tras el fin de la dominación ibérica. Final-

mente las relaciones Estado-Iglesia: precisamente a conclusión del Concilio de Trento también en el “Mezzogiorno” se realiza el proceso de conmixtión entre confesión y política que nos describe Paolo Prodi y que acarrearía incesantes motivos de colusiones y choques entre los dos poderes.

d) Estamos acostumbrados a asociar la idea de *Estado-guía* a la división del mundo que se originó tras la segunda guerra mundial y, en particular, a las consecuencias de Yalta: Estados Unidos y Unión Soviética protagonizarían de tal modo las dos potencias que desde la guerra fría han dominado los dos respectivos bloques, el capitalista occidental y el socialista. USA y URSS serían, pues, los Estados-guía dentro de los sistemas imperiales: ni que decir tiene que en este contexto “imperio” no tiene su significado institucional sino uno político más amplio. Salvadas las obvias diferencias históricas, la diversidad del orden geo-político del mundo, el imposible cotejo entre formas de Estado y formas de gobierno de la segunda mitad de nuestro siglo y las de la segunda mitad del siglo XVI, sigue existiendo un elemento incontrovertible que hay que tener por constitutivo del sistema imperial de Felipe II. La concentración de su potencia dinástica y la fuerza de su poder planetario acaso no alcanzarían su plenitud sin la *naturalización castellana* de esa soberanía. Por lo tanto, no es del todo impropio atribuir a Castilla la función de *región-guía* del imperio, por lo menos hasta la anexión de Portugal.

e) Si uno de los caracteres principales del sistema imperial español en la edad de Felipe II es la interdependencia entre sus varias partes que se ha hecho aún más necesaria porque a cada una de ellas están confiadas determinadas funciones de la Corona, cabe configurar con razón un *subsistema Italia* en el conjunto de los dominios del Rey Católico. Ese subsistema, que se realiza entrelazando Milán, Nápoles y Sicilia se viene construyendo en la cuarta década del siglo XVI y afianzándose en sus decisiones a raíz de la paz de Cateau-Cambrésis. El significado de subsistema es aquí vario y complejo. Lo entraña en primer lugar una serie de funciones, coordinadas entre sí, asignadas a los dominios italianos por España en una época en la cual la complejidad de todo el sistema llega a su punto álgido y, como ha demostrado Rodríguez Salgado y las investigaciones al cuidado de Martínez Millán, en la determinación de la estrategia política general ejercen un papel fundamental los partidos en la Corte. Trátase, como es abundantemente notorio, de funciones estratégico-militares ligadas a la defensa imperial y a esa *teoría de los bastiones* recordada por Riley: según esa teoría las provincias imperiales más externas tenían que proteger las demás provincias y España que, a cambio, concedía apoyo militar y financiero.

Pero “subsistema” se refiere a algo más. Galasso ha advertido que los dominios de la Corona española no integran una unidad política y civil ni un verdadero mercado económico unido y tampoco una área cultural común. Ellos se concretizan sobre todo como espacio dinástico y diplomático-militar. Sin embargo, desde la paz de Crépy, a finales de 1544, el debate acerca de la disyuntiva Milanésado-Flandes remarca también que dentro del esquema habsburgués de hegemonía “el conjunto de los dominios españoles en Italia formaba un verdadero y propio sistema de potencia regional” (Galasso).

El concepto de *sistema de potencia regional* contribuye a destinar a la Italia española, como resulta desde Cateau-Cambrésis y los primeros años de la edad de Felipe II,

un papel menos limitado con respecto al identificado por Riley y por otros, ceñido exclusivamente a la defensa militar del sistema imperial. Ese concepto pretende expresar más bien el relieve que Italia ejerce en el conjunto imperial como *laboratorio político*. En realidad ningún otro dominio europeo del Rey Católico entraña las cualidades de Italia: a saber, las de un país en que conviven formas diferentes de soberanía y de gobierno, antiguos principados y repúblicas oligárquicas que han venido evolucionando a Estados regionales, antiguas monarquías dinásticas, a la sazón supeditadas al dominio de los Habsburgo o integradas en su área de influencia, un Estado pontificio gobernado por el soberano-pontífice, alma temporal y alma espiritual en el mismo cuerpo político. Es en esa realidad donde hay que construir día tras día la política mediterránea de España. Conocemos mucho acerca de la historia de todos y cada uno de los Estados italianos durante la edad española. Sabemos aún muy poco acerca de las relaciones interiores del subsistema Italia del papel que cada una de estas partes ejerce en el orientamiento de las alianzas, conflictos, etc. La categoría de Italia española se presenta, pues, a la más reciente historiografía algo más extensa y comprensiva frente a la que la identifica sólo con las provincias italianas de la Corona de los Austrias. Con esa categoría Italia española se entiende, pues, un conjunto de formaciones políticas cuya evolución ha sido idéntica a la de España y su sistema imperial. Por resultas, los términos del trinomio Italia-España-sistema imperial se convierten en algo inseparable y el estudio de las relaciones internacionales tiene necesariamente que habérselas con cuatro perspectivas diferentes, pero entrelazadas entre sí: las relaciones internacionales del sistema imperial español en su conjunto; la conexión entre las diferentes partes del sistema imperial español, entre ellas y España; Italia en la política de potencia de España; la política exterior de los Estados italianos.

2.- ¿EL REINO DE NAPOLES A LA PERIFERIA DEL IMPERIO?

La colocación político-estratégica del Reino de Nápoles en la primera mitad del siglo XVI, la participación de sus virreyes y de sus grupos dirigentes a la elaboración de las líneas de la política internacional de la Monarquía española, el papel desempeñado por el “Mezzogiorno” ya en la política mediterránea ya en el espacio italiano del imperio, la función de sostén imprescindible a la estrategia de Carlos V en el triángulo España-Milanesado-Flandes, nos inclinan a no considerar todavía el Reino de Nápoles al margen del sistema imperial español. El Nápoles de los virreyes Cardona, Toledo y Alba (1509-21, 1532-53, 1555-59) es aún centro en el marco de la gran política italiana y europea de la dinastía. También para la segunda mitad del siglo XVI no es exacto afirmar “tout cour” que el “Mezzogiorno” se ha desplazado a la periferia del imperio. Hay que dividir cuidadosamente por etapas el período. Hasta Lepanto Nápoles está todavía en condición de pesar en la estrategia política general de la Monarquía. Tras la paz de Cateau-Cambrésis el compromiso militar en el Mediterráneo asigna al Reino de Nápoles un cometido muy delicado en la lucha contra los Turcos. Nápoles y Sicilia tienen que habérselas directamente, no sin contrastes y tensiones —piénsese, por ejemplo, en las consecuencias del desastre de Gerba— con el mundo turco. Tampoco los demás Estados italianos se hallan alejados del escenario de la gran política. Son la crisis de los Países Bajos y el consiguiente alejamiento español del Mediterráneo los que abren una

segunda fase en las relaciones entre España y el Reino de Nápoles: más en general entre España y los Estados italianos. El “Mezzogiorno” de Italia es llamado sobre todo a desempeñar un papel fiscal, se convierte en “un país que hay que defender únicamente de los ataques exteriores y de las revueltas internas: un papel destinado a acentuarse a consecuencia de la crisis económica y social de Castilla.

Tan en el período de la semicentralidad como en el paso hacia la periferia del imperio el Reino de Nápoles ejerce un rol que la historiografía no ha alcanzado a definir del todo en sus caracteres peculiares y en sus etapas. Me refiero al peso en la formación de los equilibrios globales internos al sistema imperial, a través de grupos de interés, de presión, partidos, facciones, etc. En la primera mitad del siglo XVI es sobre todo la figura del virrey protagonista de grupos de presión en la corte imperial, como resulta en la admirable investigación de Carlos Hernando sobre don Pedro de Toledo. Durante el período de la reorganización político-administrativa bajo Felipe II el juego de grupos partidos y facciones se encamina hacia una progresiva complicación a causa de la articulación de los poderes entre Corte, consejos territoriales y funcionales, gobierno virreinal y magistraturas del Estado napolitano.

3.- POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN: EQUILIBRIOS GLOBALES DEL SISTEMA Y EQUILIBRIOS INTERNOS A LOS TERRITORIOS DE LA CORONA.

Los numerosos estudios, coordinados por Martínez Millán, han reconstruido la evolución de los grupos de poder durante los primeros años del reinado de Felipe II. Formación, ascenso y declive del partido ebolista han constituido el ‘leitmotiv’, la idea-guía central de los ensayos de Carlos Morales sobre el *Consejo de Hacienda*, de Martínez Millán mismo sobre la corte de Felipe II, de Rivero Rodríguez sobre los orígenes del *Consejo de Italia*. También a partir de estas investigaciones empieza a abrirse camino la necesidad de analizar la relación entre política y administración en la edad de Felipe II en los diferentes aspectos de sus sistemas, es decir, considerando las instituciones políticas –corte, consejos, magistraturas, etc.– no como mónadas, sino como terminales de una red de relaciones que implica espacios, lugares, sujetos distintos de la Monarquía Católica. Sólo un detenido estudio de esas redes de relaciones puede arrojar luz sobre la conexión entre los equilibrios globales del poder y los equilibrios internos de las realidades políticas que integran la “composite Monarchy”. Y puede hacer comprender además el enlace entre uniformidad de la línea política de la Corona y su traducción a los dominios de la Monarquía.

Para el Reino de Nápoles apenas hacemos pinitos. Sin embargo, las investigaciones realizadas hasta la fecha nos autorizan a afirmar que la actuación política del Reino de Nápoles en la segunda mitad del siglo XVI es abundantemente dependiente de los equilibrios madrileños y subsidiaria de la actuación de la Monarquía. Huelga decir que ese papel de ayuda y sostén no es siempre intencional: en los círculos dirigentes del Reino de Nápoles hay diferentes niveles de acatamiento a las instrucciones de Madrid y, a veces, desavenencias. Pero –y esto es lo que importa– también la dialéctica interna acaba por afianzar la política de la Monarquía.

Examinemos dos ejemplos: el partido ebolista en Nápoles; las instrucciones de Felipe II a los virreyes de Nápoles.

Giovanni Muto ha demostrado que el control de las finanzas napolitanas es fundamental para el partido ebolista. Antonio Pérez, secretario del Rey y aliado de Eboli es enviado a Nápoles para la compra de salitre. Juan de Escobedo, otro exponente de relieve del grupo de Ruy Gómez de Silva, secretario del Consejo de Hacienda desde 1556 hasta 1574 realiza frecuentes misiones a Nápoles para discutir problemas financieros.

Segundo ejemplo. Ocho son los virreyes que gobiernan en Nápoles en la edad de Felipe II: el duque de Alcalá (1559 - 1571), el cardenal Granvelle (1571 - 1575), el marqués de Mondéjar (1575 - 1579), Juan de Zúñiga (1579-1582), el duque de Osuna (1582-1586), el conde de Miranda (1586-1595), el conde de Olivares (1595-1599). De estos al menos tres son distinguidas figuras de estatistas: el duque de Alcalá, el cardenal Granvelle, el conde de Olivares. He ensayado cotejar dos instrucciones de Felipe II: la primera es del 10 de enero de 1559 y está dirigida al duque de Alcalá, la segunda fechada a 22 de diciembre de 1581, está dirigida al duque de Osuna. Muchos son los elementos comunes que se repiten hasta en la fraseología y en el uso de palabras. En primer lugar, el preámbulo. En él el rey afirma que el virrey representa su propia persona “en un reyno tan grande y tan principal puesto en la plaza del mundo que es Italia”. Las alusiones al subsistema Italia son numerosas en el documento: se refieren, por supuesto, sobre todo, a la defensa contra el peligro turco. Al respecto el rey recomienda un enlace muy estrecho tanto en la comunicación como en la actuación política entre Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Remarca también la necesidad y la importancia de repetidas consultas bien entre los ministros y el rey bien entre los más altos funcionarios de los diferentes reinos. Siguen tres instrucciones decisivas, estratégicas que se refieren al gobierno del territorio y que ilustran perfectamente la línea de equilibrio entre uniformidad y compromisos territoriales, que, como hemos dicho más arriba, es la pauta, el modelo al que se atiene la Monarquía en el sistema imperial. Las tres instrucciones versan sobre el pacto entre soberano-súbditos; la relación de tipo privilegiado entre la Corona y la Capital del reino; los cimientos del equilibrio político-administrativo del reino. “Lo primero –rezan las instrucciones– havéis de presupponer que como el pueblo no fue hecho por caussas del príncipe, más el príncipe instituydo a instancia del pueblo y vos havéis de reppresentar nuestra persona y hacer lo que nos si allá estuviéramos presente”. En este pasaje se pone de relieve también la condición de “absentismo permanente” del soberano en los dominios de la Corona y la fisonomía que asume el virrey como alto magistrado. La segunda instrucción se refiere, en particular, al gobierno de la fidelísima ciudad de Nápoles: “dicha ciudad por ser cabeza del reyno y en quien todas las otras han de tomar exemplo para lo qual lo principal que havéis de hacer es mirar diestramente quando se eligen los electos y que sean personas de buen gobierno, de intención y aficionados a nuestro servicio”. El equilibrio político del reino de Nápoles, para Felipe II, tiene que fundamentarse en el buen funcionamiento de sus principales magistraturas: el “Consiglio Collaterale”, el “Sacro Regio Consiglio”, la “Camera della Sommaria”, la “Vicaria”. A este respecto las instrucciones se demoran sobre la composición de los oficios, el secreto, lo largo de los pleitos, las tramitaciones, el soborno.

Otro elemento importante de las instrucciones versa sobre el tema de las relaciones Estado-Iglesia. En el documentto de 1559 se halla un aviso que desaparece en 1581: se recomienda no introducir la Inquisición. “Pues el de la Inquisición es tan odioso en esse reyno y por el presente no conviene tratar de ello”. El entorno general es el de la última fase del Concilio de Trento. Empieza la edad confesional. La Iglesia se seculariza. El juego político como medio de contratación y espacio de maniobra, estrategias y tácticas para la construcción de las relaciones de poder son indispensables a la Iglesia para una presencia más eficaz y racional en el sistema de los Estados europeos. Por otra parte, la noción de soberanía que se afianza en los Estados modernos no sólo se identifica con el orden y el derecho divino, sino que confía el poder de legitimación a la más alta mediación eclesiástica: en los países católicos al pontífice romano; en los países reformados al rey mismo o príncipe que, pese a no ver limitado su propio poder por el papa, necesita igualmente una legitimación confesional para gobernar su Estado. Este doble movimiento –secularización de la Iglesia, confesionalización de la política– se tiene que recordar también en el caso de la relación entre la Iglesia como Estado del soberano pontífice y organismo supranacional y complejo de intereses y privilegios, y otra realidad política y a la vez estatal y superestatal, el imperio español de Felipe II. En esta relación, más que en otros ámbitos, juega un papel verdaderamente decisivo el compromiso entre lo secular y lo confesional. El reino de Nápoles es una encrucijada de más realidades políticas: parte de un imperio, Estado dotado de una reconocida autonomía constitucional, feudo del papa con una relevante presencia eclesiástica esparcida por su territorio. Es por tal motivo también el laboratorio del compromiso. En este cuadro hay que leer e interpretar los consejos que Felipe II dirige al virrey, que se propone bien ensalzar el valor de la jurisdicción y la primacía política del Rey y bien recomendar el respeto de la autoridad y la dignidad eclesiástica en el Reino feudo de la Santa Iglesia.

En las instrucciones de 1581 al duque de Osuna se da cabida a dos acentuaciones que faltan en las recomendaciones de 1559. Se trata de dos avisos a los que hay que atenderse en el gobierno del territorio: la alusión privilegiada al ministro togado, la primacía del gobierno de la Hacienda. Felipe II recomienda reforzar el papel de los regentes togados del “Collaterale”, a quienes el virrey tiene que poner al corriente acerca de las instrucciones generales procedente de la Corona, y subraya repetidamente el papel central de la “Sommaria” en el equilibrio de los oficios del reino. Se comprende todo el significado de esas palabras en el contexto de aquellos años.

La aristocracia de “seggio” está asestando rudos golpes al ministerio togado, a la componente no noble presente en los oficios del Reino. Intenta, sin éxito, acreditar un representante suyo en la corte de Madrid. Trata de recordar con añoranza en numerosos memoriales un especie de “edad de oro”: el “bel ordine” de Fernando el Católico, cuando se destinaban los encargos públicos a hombres “dotti e meritevoli”, en tanto que la situación presente se caracteriza por el favoritismo con sus preferencias injustas en el reparto de cargos y puestos. La instrucción de Felipe II es una rigurosa indicación a seguir prefiriendo miembros togados en el gobierno político del Reino de Nápoles. La otra acentuación relativa a la importancia de la Hacienda halla su confirmación en la actuación de la Corona española tendida a racionalizar sobre todo los organismos de

índole más estrictamente financieros. En 1571 ha sido reestructurada la “Scrivania di Ratione”, en 1583 es la hora de la “Tesorería Generale”. En el mismo período se persigue la tentativa de introducir la partida doble en la contabilidad pública.

4.- POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN: ASPECTOS SISTÉMICOS EN LA FORMACIÓN DE LA CLASE POLÍTICA

El estudio de los grandes funcionarios españoles del Reino de Nápoles me ha inducido a utilizar para ellos la categoría de *élite internacional*. Con esta categoría se pretende abarcar muchas cosas: la racionalización de los comportamientos administrativos, que se afianza a través del proceso de formación de las carreras, la formación y la experiencia adquirida durante las estancias en otros reinos imperiales, la posibilidad de cotejar modelos de administración y gobierno. El nacimiento de un “espíritu de servicio” y de un “espíritu público” coexiste con la búsqueda y la tutela del “interés privado de oficio”: es la Monarquía española que fomenta la integración entre administración, economía y sociedad, que permite una circulación, un relativo cambio de las *élites* y un entrelazamiento continuo entre cúspides comerciales, financieras y político-administrativas, pero segunda también interferencias entre “público” y “privado”.

A este tipo de *élite internacional* pertenecen sin duda alguna también los virreyes españoles de Nápoles de la edad de Felipe II. En virtud de las investigaciones realizadas hasta la fecha nos da la impresión de que son cuatro las trayectorias más importantes en su formación político-administrativa: el sistema de consejos españoles, la carrera eclesiástica, la circulación interna al sistema imperial, la embajada romana. Se diseña un modelo de un “funcionario ambulante”, dotado de notable movilidad dentro de un sistema fundado sobre la lógica del cambio. Una lógica que sorprenderá al cardenal Richelieu.” Estos cambios —escribiría— no solo son posibles sino absolutamente necesarios en los grandes cargos de España, así como en los de virrey de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, del gobierno de Milán y otros de su misma importancia, porque todos son tan provechosos para los que los desempeñan que dejando la abundancia de unos caen en la opulencia de los otros”.

Un enlace delicado y complicado se crea entre administración, razón burocrática y razón política: selección, definición puntual de las competencias, pero también condicionamiento de la dialéctica de los partidos en los círculos de Corte, en las embajadas, en los centros de la polsinoa.

Pedro Afán de Rivera, duque de Alcalá, virrey de Nápoles en 1559 desempeño el mismo cargo en Cataluña. Antonio Perrenot, Cardenal de Granvelle, virrey de Nápoles en 1571, es obispo de Arras a los 21, consejero de Carlos V en 1550, cardenal en 1561, embajador en Roma desde 1566 hasta 1571, legado apostólico durante la victoria de Lepanto. Enrique de Guzmán, conde de Olivares, virrey de Nápoles en 1595, desempeñó inmediatamente antes el cargo de virrey de Sicilia.

La reestructuración administrativa de la mitad del siglo XVI ha vuelto a diseñar la función virreinal en el “Mezzogiorno” de Italia. Ahora el virrey tiene que tener en cuenta los equilibrios internos a los oficios del Reino de Nápoles, pero también una más estrecha coordinación entre el centro madrileño, el sistema de los consejos, la presen-

cia española en el “Mezzogiorno”. Con el desarrollo del aparato la monarquía fomenta también la creación de mecanismos de control sea externo sea interno a las administración, para la neutralización de posibles anhelos autonomísticos y afianzar los lazos entre centro y periferia. Se pueden considerar controles externos bien el “Consiglio d’Italia”, bien las “Giunte” creadas en su ámbito, bien las “Visite Generali”. Los controles internos los ejercen los funcionarios españoles presentes en el aparato napolitano. La proporción de su presencia la fija la legislación del Reino napolitano en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVI: aproximadamente un tercio de todos los funcionarios del oficio. No está fijada de forma exacta la nacionalidad de los tres “reggenti de Collaterale”; pero el cuarto representante del “Consiglio d’Italia” tiene que ser napolitano. También en este tipo de legislación domina la lógica del equilibrio entre uniformidad y adaptación a los contextos locales: en el caso del “Collaterale”, como se trata de un órgano muy delicado de mediación y compensación política, depositario celoso de las prerrogativas constitucionales del reino, la monarquía prefiere no confiar a una normativa definida de una vez la cuestión de la nacionalidad de los regentes.

Propongo al final de esta breve contribución mía algunas observaciones que se derivan de una investigación prosopográfica acerca de los funcionarios españoles en el Virreinato de Nápoles durante la segunda mitad del siglo XVI.

a) **La tendencia a la hereditariadad.** La tendencia a la transmisión familiar se advierte en el Ministerio supremo hispano-napolitano desde la mitad del siglo XVI, pero sigue en vigor también en el transcurso del siglo siguiente. Partiendo de esta evidencia primitiva del análisis cabe estudiar el nexo entre estrategias familiares, solidaridad de grupo y oficio.

b) **La formación de las carreras.** Tres son los modelos: el modelo del camino vertical periferia-centro; el modelo horizontal del curso interno a las Magistraturas de la Capital; el modelo provincial. El primero diseña una trayectoria que en veinte o treinta años conduce desde las magistraturas provinciales a la cúspide del poder. Menos frecuente es el iter “Udiencia provinciale-Vicaria-Sacro Regio Consiglio-Collaterale”, desde muchos aspectos parecido al de la administración española Udiencia-Alcalde Consejo de Castilla. Más repetido es en cambio el iter que desde la “Audienza” conduce a la “Vicaria” o al “Sacro Regio Consiglio”. El modelo horizontal sigue las siguientes etapas: “Vicaria-Sacro Regio Consiglio” o “Regia Camera della Sommaria-Collaterale Cancelleria”. Al modelo provincial está enlazada toda la intrincada cuentión del gobierno de la periferia en el “Mezzogiorno” español a través de la circulación de “pre-sidi, uditori ed avvocati fiscali”.

c) **La construcción de un élite político-administrativa.** Biografías y carreras de personajes españoles en posición relevante en la administración napolitana ilustran bien el sentido de un proyecto general de construcción de una élite rectora. Exitos y fracasos del proyecto son un capítulo de la “via napoletana allo stato moderno” en la edad de Felipe II.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

La historia del Reino de Nápoles en el sistema imperial español de Felipe II es objeto de investigación y de interpretaciones historiográficas en Musi: *Mezzogiorno spagnolo. La via napoletana allo Stato moderno*, Nápoles, Guida, 1991; IDEM (Ed.), *Nel sistema imperiale: L'Italia spagnola*, Nápoles, ESI, 1994; IDEM: *Nápoles y España en los siglos XVI y XVII: estudios y orientaciones historiográficas recientes*, en "Pedralbes", 16 (1996), pp. 237-257; G. GALASSO: *Alla periferia dell'impero. Il Regno di Napoli nel periodo spagnolo (secoli XVI e XVII)*, Turín, Einaudi, 1994.

Los problemas teóricos y metodológicos relativos al uso del término estructura y sistema son examinados por A. MUSI: *La storia debole: Critica della "nuova storia"*, Nápoles, ESI, 1994. Se dan por supuesto las referencias a las obras de Braudel, Elliot, Domínguez Ortiz, Koenigsberger, Salgado, Riley, Maravall, etc.

La relación entre equilibrios globales del poder y equilibrios en el interior de las varias partes de la Monarquía es estudiada por J. Martínez Millán (Ed.): *Intituciones y élites de poder en la Monarquía Hispana*, Madrid, U.A.M., 1992.

Para la historia político-institucional del Reino de Nápoles en la segunda mitad del siglo XVI, véase G. MUTO, *Le finanze pubbliche napoletane tra riforme e restaurazione (1520-1634)*, Nápoles, ESI, 1980; G. D'AGOSTINO, *La capitale ambigua. Napoli dal 1458 al 1580*, Nápoles SEN, 1979; A. MUSI, "Il Viceregno spagnolo", en VV.AA., *Storia del Mezzogiorno*, dirigida por G. GALASSO, Vol. IV, t. I, Roma-Nápoles, Ed. del Sole, 1986, pp. 205-284.

Las dos instrucciones de Felipe II a los virreyes proceden de G. CONIGLIO, *Il vice-regno di Napoli e la lotta tra Spagnoli e Turchi nel Mediterraneo*, Nápoles, Giannini, 1985, vol. I, pp. 100-181; vol. II, pp. 568-644.

La relación Estado-Iglesia en el Reino de Nápoles durante la edad de Felipe II es estudiada por A. MUSI, *Fisco, religione e Stato nel Mezzogiorno d'Italia (secoli XVI e XVII)*, por H. KELLENBENZ-P.PRODI (al cuidado de), *Fisco, religione e Stato nell'età confessionale*, Bolonia, Il Mulino, 1989, pp. 427-458.

La dialéctica entre nobleza y ministerio es examinada, a parte que en los estudios de A. CERNIGLIARO, últimamente por R. AJELLO, *Una società anomala. Il programma e la sconfitta della nobiltà napoletana in due memoriali cinquecenteschi*, Nápoles, ESI, 1996.

La historia de la formación de la clase española en el Reino de Nápoles es objeto de los estudios de R. MANTELLI, *Il pubblico impiego nell'economia del Regno di Napoli: retribuzioni, reclutamento e ricambio sociale nell'epoca spagnuola (secoli XVI e XVII)*, Nápoles, Istituto Italiano per gli studi filosofici, 1986; A. MUSI, "Amministrazione, razionalità statale, formazione del ceto politico: i funzionari spagnoli nel Regno di Napoli (secoli XVI-XVII)", en VV. AA., *Ragion di Stato e ragioni dello Stato (secoli XVI-XVII)*, al cuidado de P. SCHIERA, Nápoles, Istituto Italiano per gli studi filosofici, 1996, pp. 94-109.